



La sastrería Gammarelli prepara desde hace doscientos años la vestimenta pontificia; pero, comoquiera que el Espíritu Santo no revela de antemano las medidas, se van cosiendo equipos de tres tallas diferentes.

ANTE LA ELECCION DE NUEVO PAPA

EDUARDO JAURALDE

QUIEN esto escribe confiesa que es cristiano católico. Se considera, y ello es razón esencial, para su vida, miembro de la comunidad formada por quienes participan de la misma fe y esperanza y en la tarea de dar testimonio de ellas al mundo.

Esta pertenencia nos lleva a muchos a meditar, hasta con angustia y ansiedad, sobre el momento crucial que vive ahora nuestra Iglesia al elegirse un nuevo Papa.

Yo creo que algunos de nosotros no esperamos su suceso feliz para la vida de la Iglesia; es decir, que no tenemos ilusión, como se suele decir. ¡Ojalá me equivoque! No tenemos ilusión, en primer término, porque al nuevo Papa, como a los anteriores, no le va a elegir la Iglesia, sino los cardenales, que forman parte de la Iglesia, pero no son ni representan a toda la comunidad. ¿Por qué no elegirán al Papa, al menos, los obispos?

No tenemos ilusión, porque el Papa elegido será un hombre aprisionado, condicionado por una estructura organizadora, expresión de un sistema no sólo formal, sino ideológico, que se ha manifestado ya rígido y resistente a una reforma o evolución.

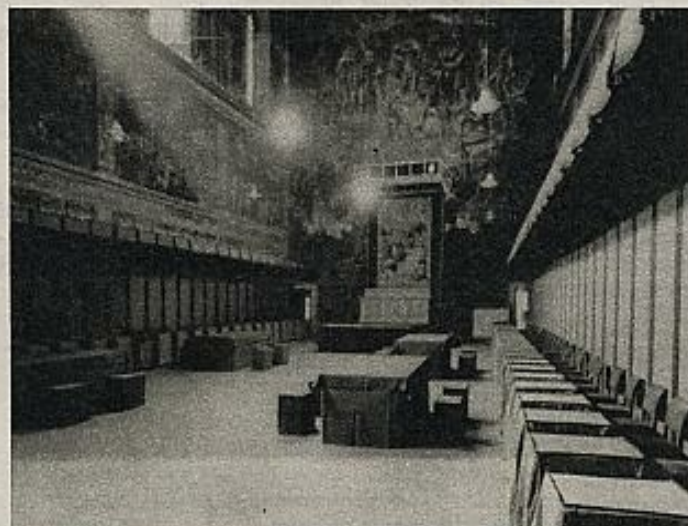
Así es de temer por la experien-

cia ofrecida en la actuación de los últimos Papas. Y digamos, de paso, cuánto admiramos las virtudes humanas y cristianas que brillaron en la persona de Pablo VI: humildad, paciencia, espíritu de sacrificio, comprensiva delicadeza, apertura al diálogo con todos, sensibilidad para el sufrimiento de los hombres.

Que ocurra lo temido no es de

extrañar, porque en los grupos humanos, la estructura institucional suele ahogar el espíritu y la voluntad de sus hombres. Y la Iglesia es una asociación de hombres.

En otros "imperios" menos espirituales que la Iglesia es cierto, pero también es verdad que, desgraciadamente, la Iglesia hoy no es un imperio sólo espiritual, sucede lo mismo. Sirvan de ejemplo



La Capilla Sixtina, donde tradicionalmente los cardenales se reúnen para elegir al nuevo Papa.

los Estados Unidos, aunque podrían ofrecerse otros muchos. Cada cuatro años, ante la expectativa mundial, los Estados Unidos eligen Presidente y cualesquiera que sean los ideales que pregone el elegido y sus dotes personales, "el sistema", el complejo Pentágono-industria, que tiene un espíritu y unos objetivos perfectamente conocidos, lo encorseta y lo maneja. ¿En qué ha cambiado sustancialmente la política exterior de los Estados Unidos en los últimos años, pese a la sucesión de titulares de la presidencia, realmente de muy distinta figura humana y clasificación política?

Y, finalmente, no tenemos ilusión porque al Papa, en estos tiempos, diga o haga lo que sea, se le hace muy poco caso. No es que se le critique o "conteste", que esto no sería tan malo, sino que no se le escucha o no se le toma en consideración. Y se procede así masivamente, quedando sólo para sectores reducidos, no populares, la observancia de otra postura, de sumisión, de respeto, o de crítica documentada.

Este desprecio en lo sustancial al Papa es compatible con manifestaciones espectaculares y sensacionalistas, manifestaciones formales, convencionales, diplomáticas, en las que se encuentran a lo sumo, si se espigan, expresiones populares auténticas de verdadera emoción y fervor.

Son los católicos, en primer término, los que masivamente no hacen caso al Papa.

Diganlo los ejemplos recientes del comportamiento del pueblo católico, con ocasión del uso de anticonceptivos o del referéndum italiano sobre el divorcio. Y la multitud de católicos —y practicantes— situados en puestos clave de la política, de la diplomacia, de la fabricación de armas, de su venta y de tantos negocios y empresas, para las que la exhortación del Papa es "música celestial".

Y como es lógico, si los católicos no hacen caso al Papa, menos se lo hacen los no católicos. Aunque no sería raro, en la Historia, que llegara una época en que los no católicos hicieran más caso al Papa que "los suyos".

No entramos en las causas o explicación histórica de este fenómeno, que ahora simplemente constatamos, de la pérdida de prestigio y autoridad moral que sufre el magisterio de la jerarquía de la Iglesia católica.

Es por todo esto por lo que algunos católicos —creo— sufren la tristeza de esta visión desesperanzada, con ocasión de la elección de un nuevo Papa. Porque no lo elige la Iglesia; porque "el sistema" condicionará al elegido; porque los hombres no le harán caso. Profundo pesimismo. Pero, ¿y si se repitiera el caso del Papa Juan? ■